

---

## Apéndice 1

### La ágil memoria de una Iglesia Particular

JORGE EDUARDO SCHEINIG  
Arzobispo de Mercedes-Luján

Una Iglesia Particular necesita de una permanente memoria ágil, y con esto quiero decir, que los hechos del pasado sean guardados con una cierta frescura, para que el eco de lo vivido siga resonando en el presente, posibilitando esa línea necesaria de sentido. Cuando el pasado aparece vívidamente, muchas veces nos encontramos diciendo: “ahora entiendo”, “ahora entendemos” y ese sentido de las cosas es fundamental para ser Iglesia en camino y en salida.

En nuestras Iglesias jóvenes, esa memoria está en muchos que han sido protagonistas de primera mano. Y también en segundas generaciones que conservan los hechos por medio de los “relatos populares”, que tienen esos condimentos tan especiales y que tanto ayudan a sostener los hechos en estado latente y revelador.

Así, la historia con la que se teje la vida de una comunidad eclesial, lejos de ser sólo acontecimientos del pasado, a veces en estado luctuoso, cargados de una nostalgia tristonca, pasan a ser, gracias a los que los vivieron, acontecimientos llenos de vitalidad, que al traerlos, siguen impregnado el presente, dan identidad y otorgan ese talante particular y propio de una comunidad concreta.

Por un lado, están los acontecimientos que guardan la densidad de lo sucedido a modo de misterio –en el sentido luminoso

del término, algo que es inagotable y siempre puede seguir siendo revelador– y por otro lado, está el modo de relatar lo sucedido, lo dicho, las personas protagonistas, es decir, ese entramado que hace parir a la misma historia.

La memoria ágil y la historia de la comunidad eclesial se guarda y se acumula en los escritos y los registros, pero el alma de la historia está mejor guardada y registrada en la oralidad, en el relato compartido de persona a persona y de corazón a corazón. Y aun, corriendo el riesgo de que los acontecimientos un poco se desfiguren, la transmisión oral de los hechos, le da a la historia una mística que mantiene vivo lo sucedido y lo va colocando –y cuando el mismo evento es relatado muchas veces, todavía lo coloca más y mejor– en el lugar necesario para que no se pierda el eje, que además, para nosotros los creyentes, es el fundamento que nos emparenta con la providencia y los designios que el mismo Dios tiene para con su Pueblo.

Los hechos se acumulan y forman como un arcón de los recuerdos y hacen falta las personas que a modo de parteros, los saquen, los desempolven y de alguna manera, los vuelvan a dar a luz y sigan dando qué hablar. Gracias a Dios, hay en nuestras Iglesias personas de buena y sana memoria.

En la Iglesia de Mercedes – Luján, Mons. Guillermo Durán es una de las personas que sostienen en su propia memoria, la memoria colectiva y en su relato, destellos del alma de nuestra Iglesia particular.

Muchas veces charlando con el padre Guillermo, que se vuelve generalmente una charla referencial con el pasado –esto le sale naturalmente, es su don, su cualidad– voy entendiendo un poco más los orígenes de lo que vivimos hoy y voy atando cabos sueltos que muchísimo me ayudan a entender el presente.

Además de esa capacidad de recordar de manera prodigiosa, tiene el don de hacerlo de modo ordenado y preciso, y para los que lo escuchamos, esto nos da la posibilidad de darle valor a los acontecimientos.

tecimientos y no dejarlos en estado folclórico, quiero decir, como hechos de la tradición, que lo son, pero al ser rescatados con precisión, recobran un carácter de solidez, de tal manera que podemos afirmarnos en ellos a modo de pilares en los que se apoya la construcción de nuestra Iglesia.

Para nosotros, es fundamental la historia de María de Luján junto a su Negro Manuel y del padre Salvaire y del mismo cardenal Pironio. Es cierto que ellos son un tesoro de toda y para toda la Iglesia, pero en nuestra Iglesia Particular, el acontecimiento lujanense y los protagonistas en torno a él, que son sin duda personas santas, nos marcan a fuego.

El padre Guillermo es Postulador en la causa del Negro Manuel y en la del padre Salvaire, es integrante de la Comisión de Peritos de Historia y Archivista. Por lo tanto, no sólo se ha comprometido con la historia, sino también con la vida de ellos y lo hace de manera afectiva, quiero decir, tiene por ellos un enorme cariño. Y aquí, aparece tal vez, la principal característica de un historiador traspasado por la fe, que al indagar y escribir sobre el pasado, puede percibir la mano de Dios y su tremendo y fascinante Amor por las personas y los acontecimientos. Tanto, que de algún modo, como historiador creyente, entra de manera empática con lo que al mismo Dios lo apasiona y por lo tanto, él mismo termina apasionado, conmovido, compadecido y comprometido. Hay en el historiador un tanto de profecía, y esto, en el padre Guillermo, es notable.

El 10 de diciembre de este año, el padre Guillermo cumple 50 años de vida sacerdotal, es así, uno de los pocos sacerdotes testigos de mucho de lo aquí vivido y que él guarda en su memoria y en su corazón y, además, puede contarlo con cariño, con pasión y compromiso y esto nos hace mucho bien a todos.

También, y como nota de color, pero que lo pinta en cuerpo y alma, es muy buen anfitrión y mejor cocinero. Yo disfruto de sus

dulces caseros. Esto lo comparto porque si bien el historiador profesional necesita indagar, guardar, codificar, sistematizar, el sabio historiador puede descubrir la trama de los hechos y fundamentalmente el mundo de los vínculos, pero también sabe construirlos en el presente, que es una forma de amor por la Iglesia de rostro concreto. En el padre Guillermo, los dos talentos están muy presentes.

Doy gracias por su vida totalmente entregada y al servicio de nuestra Iglesia de Mercedes-Luján y de la Iglesia que camina en la Argentina.